

producto de la oscura mlogisteria española. ¿Por qué ha de considerarse deshonrada a una mujer si se ha entregado al hombre que la placía? Bárbaro es. ¿Es precaria. Y bárbaro es matar al hombre que se unió a su amor al de ella.

Mientras permanecamos sometidos a esos prejuicios no se podrá hablar de libertad de espíritu, ni llegar a la solución de cuestiones como el respeto al matrimonio civil, a la implantación efectiva del divorcio, y otros asuntos de importancia social, que son después de todo cabos de esta misma madeja. El caso es que con una infinidad digna de mejor causa se han renovado instituciones, se ha cambiado de nombre a las cosas, y una legión de cándidos había creído que el codiciable progreso llegaba con el pseudobrillo de una democracia de similar. Se ha olvidado cuanto de bueno y ejemplar nos ofrecían las pasadas edades; pero en cambio se vienen cuidando con delicado esmero la roña moral y las telarañas espirituales.

El tema es de hoy, es de ayer, será seguramente de mañana o de pasado, ya que el prejuicio ha influido ocasionando una perturbación jurídica, que es nociva para el buen gobierno de la república. De un lado hay una entelequia discutible, del otro una realidad absoluta, que es la vida. Ciudadano, si tomas un pan porque desfalleces de hambre y en vano has buscado remedio lícito de saciarte, haces bien, y la sociedad no podrá echarte en cara tu exceso. Individuo, si matas por un concepto abstracto y mudable, haces mal en derramar sangre humana y suprimir a un semejante. Muger, cuando te acerques al jardín del amor, deleitate en sus flores, cógelas si quieres; pero luego no te quejes si viene el guarda.

PEDRO DE REPIDE (De España)
Almonaque de TIERRA Y LIBERTAD
A cuantos se consideren con fuerzas intelectuales suficientes, se les pide su colaboración para formar el ALMANAQUE DE 1916. Tengan en cuenta los intereses, que tal obra requiere, sobre todo, amabilidad, arte y claridad de exposición. Que cada uno saque lo mejor y más original de sus disposiciones literarias, sociológicas y científicas, y sepa decirlo en buena lógica, correctamente. A nuestro juicio no debe ser el ALMANAQUE una manifestación doctrinal pesada y fría, sino que debe reunir en sus páginas notas de actualidad, conocimientos útiles, poesías contentadas de buena ejecución, datos interesantes para la propaganda libertaria, fina ironía, razones de peso, artículos concisos y enérgicos, anécdotas, pensamientos sueltos, anécdotas, historietas bien desarrolladas en galana forma, y en fin, todo cuanto pueda interesar a la cultura general y a la elevación moral adogmática.

Sea, pues, tal enumeración como un resumen de los valores cerebrales de los que trabajan por la educación humana, y que amigos y adversarios vean en él lo que son, lo que pueden y lo que valen los que de anarquistas pueden calificarse. Por mi parte, profundamente agradecido de la confianza con que me favorece el grupo editor de este semanario, procuraré con todo mi entusiasmo y capacidad satisfacer cumplidamente el ideal por que luchamos, siendo mi más ferviente deseo, que la obra que se me encomienda adquiere un completo éxito, superando, si es posible, sin jactancia ni humillación, lo que en años anteriores realizó el insignie Lorenzo. Examinaré con gran cuidado cuantos trabajos se envían a este fin y hará una selección metódica de todo lo que merezca el honor de la stampa.

Apresúrese, pues, las buenas disposiciones en pluma de voluntad y activen con energía el fósforo cerebral que posean para la buena causa de la anarquía, a todos recónditos.

M. COSTA-ISCAR
Aterrizando desde las altas regiones de la Anarquía
Alemania, y con ella sus aliados, está poniendo en práctica una serie de procedimientos bárbaros que acreditan a los imperios de la Europa central como imperios indignos de vivir en estas épocas de evolución y de libre examen.

El pueblo de Goethe, de Bebel y de Buchner, después que ha domesticado a sus ciudadanos, y entre ellos a un gran número de pensadores y artistas, ha efectuado una serie de atrocidades que ponen a Alemania al nivel de los pueblos bárbaros. Después de pretender imponer su hegemonía en el orden comercial e industrial; después de apoderarse de la Alsacia y Lorena y de triturar a Polonia, ahora, en ocasión de esta guerra que asola al mundo, persigue a todos aquellos que no están conformes con la guerra y contra ella protestan. No hace muchos días se perseguía en pleno Berlín a los miembros de la frac-

ción socialista que no han olvidado las tradiciones revolucionarias del socialismo de que fueron adalides el viejo Liebknecht y Bebel en 1870 y asesinó a un gran número de socialistas y anarquistas que se oponían a la guerra repartiendo proclamas revolucionarias.

Austria hace lo mismo que su aliada con el propósito de evitar que el pueblo se de cuenta de la barbarie que demuestra la guerra actual y por medio de la revolución se oponga a ella. Y ahora, en esa nueva provincia de Alemania, en Turquía, se han ahorcado a veinte socialistas armenios que, según el tribunal de guerra, querían, aprovechándose de aquella, proclamar la libertad independiente de Armenia, y los gobiernos alemán y turco se han deshecho así de futuros revolucionarios sociales.

El gobierno turco, olvidándose que los marxistas que ahora ahoran en he ayudado a derrumbar la tiranía de Abdul Amid, les paga de esta forma, reconociendo que unos y otros tenían intereses e ideas antagónicas en el momento histórico actual. Contra los asesinos legales no cabe el silencio. Contra los imperios centrales y, en una palabra, contra la barbarie en auge. La magna Inglaterra Nuestros queridos aliados amigos ya no saben qué decir, ya no saben en dónde hallar adjetivos para contar las proezas de esa gran nación que nos salvará en esta contienda del peligro del militarismo y del imperialismo germanico. Y no es extraño que nuestros queridos aliados no encuentren con qué adjetivar los ditirambos en favor de la magna Inglaterra, sabiendo, como saben, que nuestro idioma es pobre cuando de esas cosas se trata. En estos buenos señores cantan a Inglaterra y dicen que aquel es el pueblo de la abundancia, de la libertad y de la honradez. Y es porque esos señores han olvidado que en la magna Londres hay cien mil hambrientos diariamente, a quienes se les llevó, en ocasión de la guerra actual, a las líneas de batalla; no recuerdan que hace pocos días los mineros carboneros del País de Gales tuvieron que efectuar una huelga general para imponerse ante la Ley de municiones, que entregaba a los trabajadores en cuerpo y alma a las garras del capitalismo y del Gobierno de la Gran Bretaña, y, faltos de memoria, han echado en olvido que la pérdida Albión ha robado al mundo, ha bombardeado Alejandría, se apoderó de Egipto, conquistó el Sudán egipcio, tomó Zanzibar, el Este africano la Rodesia, el Niger, Chipre, Birmania, etc. Como se ve, no hay nación más grande, más libre y más honrada que la magna Inglaterra. ¿Estamos?

Peligro y peligro Que Europa está amenazada, que la cultura y civilización latinas están en peligro de ser absorbidas por la cultura y la civilización germana no es una novedad nada más que para los que no son hombres de realidades y, por lo tanto, no tienen una personalidad doble, es decir, no son ciudadanos de la sociedad burguesa y futuros habitantes de la ciudad anarquista. Y claro, cómo un pobre hombre que vive eternamente en las regiones etéreas de la Anarquía puede ver los peligros que se avencinan? Este no ve otro peligro que el peligro zarista, que se enseñoreará de toda Europa imponiendo su barbarie, y no cree ni en el contrapeso de Inglaterra ni en el de Francia por la sencilla razón que sabe que una y otra tienen por qué no evitar la influencia de la autocracia rusa, pues, si el dinero de Francia ha servido para ahogar en 1905 aquella revolución iniciada en ocasión de la guerra con el Japón a vista y paciencia de todo el mundo, menos podrá ser un obstáculo para que Rusia impusiera su hegemonía en Europa en caso que triunfaran las naciones aliadas. Creemos como los rusos: el único peligro que nos hace temer por el porvenir del mundo es el zarista. ¡Oh, qué vergüenza! ¿Os acordáis de aquel buen hombre que, después de andar por Alemania, vino a Cataluña para darnos como único tipo de organización obrera la misma que fue incapaz de oponerse al militarismo imperante en el imperio de Guillermo? ¿Os acordáis de aquel que, después de proponer al partido obrero español en 1909 la celebración de un Congreso para declarar la huelga general contra la guerra de Marruecos, y cuando el proletariado catalán hizo lo que él pedía al Comité Nacional al segundo día desapareció de Barcelona y anduvo pidiendo por los partidos socialistas europeos 9,000 francos para publicar un periódico en Barcelona, cuyo propósito único sería el de combatir el foco del anarquismo europeo? Pues bien. Ese buen señor, en una contestación que hace a ese que le ha dado

por ser el dómimo del anarquismo dice que TIERRA Y LIBERTAD y los demás periódicos que se publican en ésta son una vergüenza para el proletariado español. No nos extraña que ese que pretende pasar como profesor del socialismo y que se enojó con Anselmo Lorenzo porque éste no quiso tomárselo en serio, diga eso, pues estábamos dispuestos a mandarle los padrinos si decía lo contrario de nuestro periódico, que él tanto odia.

Pero hay algo más. Ese amigo de algunos anarquistas, y que no hace mucho vino de delegado de Poincaré para utilizar cierto negocio con algunos industriales de cierta ciudad catalana, se lamenta que para cierta comisión, en 1909, los anarquistas sólo tuvieron un pobre raparbar que se les echaba de genio. Pasemos lo del genio porque todos tenemos nuestras debilidades, aunque no hay tal; lo que pasó es que el genio en cuestión le dio en aquellos tiempos ciertos palos a la tática ideológica que todavía le deben doler. Pero claro, ¿qué puede decirse de un señor que se lamenta de que actúe un obrero? ¿Qué puede esperarse de un socialista con semejante mentalidad?

Pero no obstante, ya que demuestra a F. R. redactor jefe de J. S. ser un gran gramático y un cultor del sentido común y de otras muchas cosas, el raparbaras en cuestión nos encarece le pidamos que abandone a Francia y venga a Barcelona y establezca una Academia, con la seguridad de que no le faltarán alumnos que sabrán aprovecharse de las enseñanzas del maestro.

¡Milagros guerreros Nuestro amigo Chueca, que ha escrito una infinidad de artículos pretendiendo demostrar que se puede ser guerrista y anarquista al mismo tiempo, ha descubierto en la guerra actual una infinidad de milagros de aquellos verdaderamente morrocotudos; y dice: «Asistimos a una transcendental revolución ideológica. De esta guerra saldrá un mundo nuevo.» Nosotros quedamos atónitos ante el milagro, pero un amigo hereje nuestros oídos nos dice: «Si, sí; de esta guerra saldrán odios impercederos, rabia de los vencidos, orgullo de los vencedores, opresión, tiranía, traiciones, descalidades.» ¿Será éste el nuevo mundo, será ésta la nueva humanidad, serán éstos los nuevos valores morales y sociales de que nos habla nuestro amigo Chueca?

Veremos... Aquello de la Conjunción ¿Os acordáis del célebre programa de la llamada Conjunción republicana-socialista, surgida como consecuencia de la reunión manriesta de 1907?

¿Os acordáis de la actitud de algunos de los señores que la formaban y, entre todos, de la actitud del leader del llamado partido socialista obrero, Pablo Iglesias? Se dijo que la Conjunción no sólo había nacido para evitar la vuelta de Maura al poder, sino que también tenía por misión el derribamiento de la monarquía por medio de la revolución. Y se afirmaba que todo aquel que la traicionara sería puesto en la vindicta pública para que todos supieran ajusticiarlo como se merecía.

Como era de esperar, la revolución no se llevó a cabo porque las revoluciones no las hacen ni los partidos ni los caudillos, porque ellas son consecuencia siempre de un estado de opinión en las multitudes. La Conjunción Republicano-Socialista nació para matar todo el espíritu revolucionario, surgido al compás de la semana roja de 1909, y todas las promesas de los adalides no tuvieron eficacia ninguna, porque no eran más que promesas.

Pablo Iglesias dijo entonces que si los caudillos republicanos no hacían la revolución, él los denunciaría ante el pueblo. Esa denuncia todavía la esperamos, y la esperamos inútilmente, pues el leader del llamado partido obrero no lo hará, habiendo sido, como fué, un iniciador de aquel célebre blok de las izquierdas parlamentarias para combatir al gobierno de Dato.

No sólo no ha hecho la denuncia, sino que, después de unirse con liberales y demócratas en la actual agitación, ha sido abandonado por todos. Iglesias ni así aprende... Continuará en la Conjunción, y después de hacer cinco veces el ridículo, todavía nos dirá que antes que Maura, el atentado personal.

LUCRECIO
Tristezas Ya sea una república democrática, ya una monarquía constitucional, o una política de un gobierno, cualquiera que sea, no puede liberar a las mayorías, sumidas a una vida inferior, del yugo aplastante de una minoría consciente de su poder y celosa de sus privilegios. Esta minoría hábil y emprendedora es la única que dispone del porvenir de un país; es por ella que los hombres que en la labor y se aniquilan en los campos de ba-

a más fuertes censuras por ser mayores los perjuicios que ha ocasionado a la liberación de los pueblos. No creáis que hago esta afirmación a humo de pajás. Sabido es que el orador no goza, en varias clases de la sociedad, del prestigio y consideración que se guarda al periodista. Como consecuencia, la labor de aquél es menos fructífera. Es más, tiene que acudir al favor del periodista para que sea divulgado y trascienda fuera de la localidad en que se realiza. Por otra parte, nuestro carácter, aunque un tanto refractario a la lectura, da más veracidad a la palabra escrita que a la hablada. No olvidemos que la sabiduría popular ha compuesto el adagio que dice: «donde letras hay, barbas caullan.»

Luego está claro que el periodismo, por sus propios medios de acción, influye en el pueblo más que la oratoria. Y siendo su labor, en gran parte, contraria a la libertad y educación del género humano, merece con mayor motivo menos consideraciones.

ANKETO ESPÍÑA
Las lecciones de la guerra
La voluntad popular
En épocas anteriores a la nuestra, los pueblos aceptaban el azote terrible de la guerra como si fuera un castigo de la Providencia, por sus culpas mandado y merecido. Nadie se quejaba para indagar las causas que la producían, ni nadie se rebelaba contra ella, sino que se resignaba al conflicto; una orden del señor reinaba lanzada a los cuatro vientos, bastaba para acallar todo escrupulo de conciencia y para convencer a cada cual de que el sacrificio sea sagrado.

En nuestros días la cosa es mucho más compleja, y aunque se continúa invocando sin cesar a la providencia divina, no se le antoja a ningún conductor de pueblos el servir semejante simpleza si no viera abundantemente acompañada de otra clase de argumentación más adecuada a la nueva mentalidad.

Mientras esos grupos directores disponen a su antojo de los bienes de la colectividad, combinando nuevos planes de dominación y de acaparamiento, se hace servir a las masas populares por los medios más diversos de desorientación, confusión y desconfianza. Se les hace creer que el pueblo es un ente indiferente, empujado por la fuerza de la historia, en un camino que no depende de su voluntad. Cada hecho nuevo que se les presenta en el tablero internacional era explotado para crear esta atmósfera de antagonismo económico que se trataba de vulgarizar.

Cada hoja de las innumerables que a diario se imprimen, prestaba su concurso ilimitado al desarrollo de esta campaña de penetración popular. En medio del crimen del día y del escándalo a la moda, no faltaba nunca la consabida columna dedicada al fomento de las rivalidades nacionales. Al mismo tiempo que esa competencia comercial se trataba de cerrar los ojos de los hechos por medio de disposiciones que se trataba de otro puntal poner en juego la responsabilidad del país, los grandes financieros, capitanes de industria y caballeros del tanto por ciento, se dieron cuenta de que era preciso verter en el cerebro nacional, a más de las enseñanzas del problema económico, un espíritu de desconfianza, un poco de este misticismo patriótico que sienta tan bien a las caras multitudes.

¡Ah, con cuanto fervor los voceros del ideal nacional se lanzaron al nuevo apostolado! Nada fue regateado para que la empresa resultara efecto. Todo, entonces, se volvió espíritu nacional, interés nacional, aspiraciones nacionales, arte nacional, ciencia nacional, sport nacional, industria nacional, y cada una, en fin, de las diferentes formas de la actividad humana, tomó su correspondiente aire nacional, corregido y aumentado para las necesidades de la causa.

El problema humano entonces vastos vuelos; en lugar de ser tratado con la aridez propia de la Economía, los filósofos intervinieron en él de una manera muchas veces amena, los ingenios de la pluma dieron a todo ello la gracia y el brillo que tiene merecido, mientras que los grandes tribunos, con su omnipotente oratoria, hinchaban los ánimos de la multitud con palabras y en las solemnidades conmemorativas de Europa.

Con todo eso, la atmósfera se encontraba de continuo preñada de densos nubarrones que mantenían a las gentes en tensión constante. A cada paso surgían incipientes diplomáticos. La guerra de tarifas batía el record, por todas partes, ya en los transportes, ya en el comercio, ya en los tratados o en la materia bruta, ya en los aranceles, ya en las primas de exportación, consentidas por ciertos gobiernos para estimular la expansión comercial; el afán de crearse cada cual un imperio colonial a costa de los pueblos débiles, era materia constante de mostrarse los dientes con amigable pretexto de defensa de la propiedad civil de los presos de Cenicerio, Eduardo Barriobero.

Se precisa justificar la personalidad de este enemigo que combate y cuya derrota hay que buscar por todos los medios para el mayor bien de la humanidad doliente. Vista bajo este prisma, el único en uso en nuestros trágicos momentos por todos los países beligerantes, la guerra toma a los reinos de víctimas y verdugos proporciones desmesuradas de cruzada bienhechora y saludable. Otro día volveremos sobre este tema particular y citaremos textos, lo mismo de parte de los alemanes que de los franceses, corroborando esta afirmación, pero nadie puede negar que las multitudes en lucha creen en una pretendida superioridad de ideal que se apoyan mutuamente y que se alza en su base. Sin embargo, cuán lejos todo ello se encuentra de la realidad! De cuánto sofismo el pobre cerebro humano es acreedor! ¿Quién puede negar que esta guerra es esencialmente económica y que todo el farrago de ideologías con que unos y otros se han querido decorar o han querido decorar sus huestes no consigue hacer olvidar su verdadero origen? No solamente los antecedentes y las causas que precipitaron la guerra prueban superabundantemente que es un conflicto de intereses materiales opuestos y de intereses que se estorban entre sí, sino que el desarrollo de los hechos nos demuestra los días más, y lo probará todavía de una manera más rotunda y categórica a medida que vaya llegando a su fin. De que aberración mental se hace responsables cuando declara por uno o por otro confía prodios ilimitados a una diplomacia secreta que dispone de su vida y de su porvenir? De que aberración mental se hace responsable el que declara que, ali en la innumerable multitud de los hombres que componen el precio de esta monstruosas combinaciones, se cree un hombre libre, perfectamente sabedor del por qué está allí. He tenido ocasión de hablar con centenares de ellos; la inmensa mayoría, todo y quedándose amargamente de la rudeza de la realidad, declara sin ambages su conformidad con el fin que persigue la guerra. La hoja impresa de a cinco céntimos ha llevado hasta la más recóndita aldea el soplo de la inspiración oficial, y la conjunción más tenebrosa y arriesgada que registra indudablemente la Historia, ha tomado, gracias a las nuevas formas de Gobierno, todos los caracteres de un movimiento popular, general y espontáneo. Cuando la sangría fué decretada por los Gobiernos responsables, cada cual invocó el caso de legítima defensa y acto continuo se puso a los pueblos en frente del hecho consumado. Nada de consulta y discusión previa; el consentimiento era descontado de antemano. La masa no tenía más remedio que marchar. ¿Crecéis que sabe realmente hacia donde la llevan? Que nos lo digan los partidarios y teorizantes de esa vergonzosa cruzada.

En estos momentos actuales, el que se desangra heroica o miserablemente, que de todo hay, en los campos de batalla de Europa.

El prototipo del buen ciudadano. Es, en los momentos actuales, el que se desangra heroica o miserablemente, que de todo hay, en los campos de batalla de Europa.

Los progresos de que tan vanamente se enorgullecen, reducidos a su simple y real expresión, consisten en eso: un simulacro aparatoso de participación en las esferas directivas del país. Al aceptar con resignación las contiendas, terribles para él, de una guerra, lo hace creyéndose obligado a una necesidad ineludible, a una ley superior, no de orden divino o arbitrario, sino inherente al desarrollo de las sociedades humanas. No sólo toma las armas para resguardar su pecho los progresos acumulados y las libertades adquiridas gracias al esfuerzo de sus antecesores, sino que se imagina realizar un ideal de vida superior al del

enemigo que combate y cuya derrota hay que buscar por todos los medios para el mayor bien de la humanidad doliente. Vista bajo este prisma, el único en uso en nuestros trágicos momentos por todos los países beligerantes, la guerra toma a los reinos de víctimas y verdugos proporciones desmesuradas de cruzada bienhechora y saludable. Otro día volveremos sobre este tema particular y citaremos textos, lo mismo de parte de los alemanes que de los franceses, corroborando esta afirmación, pero nadie puede negar que las multitudes en lucha creen en una pretendida superioridad de ideal que se apoyan mutuamente y que se alza en su base. Sin embargo, cuán lejos todo ello se encuentra de la realidad! De cuánto sofismo el pobre cerebro humano es acreedor! ¿Quién puede negar que esta guerra es esencialmente económica y que todo el farrago de ideologías con que unos y otros se han querido decorar o han querido decorar sus huestes no consigue hacer olvidar su verdadero origen? No solamente los antecedentes y las causas que precipitaron la guerra prueban superabundantemente que es un conflicto de intereses materiales opuestos y de intereses que se estorban entre sí, sino que el desarrollo de los hechos nos demuestra los días más, y lo probará todavía de una manera más rotunda y categórica a medida que vaya llegando a su fin. De que aberración mental se hace responsables cuando declara por uno o por otro confía prodios ilimitados a una diplomacia secreta que dispone de su vida y de su porvenir? De que aberración mental se hace responsable el que declara que, ali en la innumerable multitud de los hombres que componen el precio de esta monstruosas combinaciones, se cree un hombre libre, perfectamente sabedor del por qué está allí. He tenido ocasión de hablar con centenares de ellos; la inmensa mayoría, todo y quedándose amargamente de la rudeza de la realidad, declara sin ambages su conformidad con el fin que persigue la guerra. La hoja impresa de a cinco céntimos ha llevado hasta la más recóndita aldea el soplo de la inspiración oficial, y la conjunción más tenebrosa y arriesgada que registra indudablemente la Historia, ha tomado, gracias a las nuevas formas de Gobierno, todos los caracteres de un movimiento popular, general y espontáneo. Cuando la sangría fué decretada por los Gobiernos responsables, cada cual invocó el caso de legítima defensa y acto continuo se puso a los pueblos en frente del hecho consumado. Nada de consulta y discusión previa; el consentimiento era descontado de antemano. La masa no tenía más remedio que marchar. ¿Crecéis que sabe realmente hacia donde la llevan? Que nos lo digan los partidarios y teorizantes de esa vergonzosa cruzada.

En medio del crimen del día y del escándalo a la moda, no faltaba nunca la consabida columna dedicada al fomento de las rivalidades nacionales. Al mismo tiempo que esa competencia comercial se trataba de cerrar los ojos de los hechos por medio de disposiciones que se trataba de otro puntal poner en juego la responsabilidad del país, los grandes financieros, capitanes de industria y caballeros del tanto por ciento, se dieron cuenta de que era preciso verter en el cerebro nacional, a más de las enseñanzas del problema económico, un espíritu de desconfianza, un poco de este misticismo patriótico que sienta tan bien a las caras multitudes.

¡Ah, con cuanto fervor los voceros del ideal nacional se lanzaron al nuevo apostolado! Nada fue regateado para que la empresa resultara efecto. Todo, entonces, se volvió espíritu nacional, interés nacional, aspiraciones nacionales, arte nacional, ciencia nacional, sport nacional, industria nacional, y cada una, en fin, de las diferentes formas de la actividad humana, tomó su correspondiente aire nacional, corregido y aumentado para las necesidades de la causa.

El problema humano entonces vastos vuelos; en lugar de ser tratado con la aridez propia de la Economía, los filósofos intervinieron en él de una manera muchas veces amena, los ingenios de la pluma dieron a todo ello la gracia y el brillo que tiene merecido, mientras que los grandes tribunos, con su omnipotente oratoria, hinchaban los ánimos de la multitud con palabras y en las solemnidades conmemorativas de Europa.

Con todo eso, la atmósfera se encontraba de continuo preñada de densos nubarrones que mantenían a las gentes en tensión constante. A cada paso surgían incipientes diplomáticos. La guerra de tarifas batía el record, por todas partes, ya en los transportes, ya en el comercio, ya en los tratados o en la materia bruta, ya en los aranceles, ya en las primas de exportación, consentidas por ciertos gobiernos para estimular la expansión comercial; el afán de crearse cada cual un imperio colonial a costa de los pueblos débiles, era materia constante de mostrarse los dientes con amigable pretexto de defensa de la propiedad civil de los presos de Cenicerio, Eduardo Barriobero.

Se precisa justificar la personalidad de este enemigo que combate y cuya derrota hay que buscar por todos los medios para el mayor bien de la humanidad doliente. Vista bajo este prisma, el único en uso en nuestros trágicos momentos por todos los países beligerantes, la guerra toma a los reinos de víctimas y verdugos proporciones desmesuradas de cruzada bienhechora y saludable. Otro día volveremos sobre este tema particular y citaremos textos, lo mismo de parte de los alemanes que de los franceses, corroborando esta afirmación, pero nadie puede negar que las multitudes en lucha creen en una pretendida superioridad de ideal que se apoyan mutuamente y que se alza en su base. Sin embargo, cuán lejos todo ello se encuentra de la realidad! De cuánto sofismo el pobre cerebro humano es acreedor! ¿Quién puede negar que esta guerra es esencialmente económica y que todo el farrago de ideologías con que unos y otros se han querido decorar o han querido decorar sus huestes no consigue hacer olvidar su verdadero origen? No solamente los antecedentes y las causas que precipitaron la guerra prueban superabundantemente que es un conflicto de intereses materiales opuestos y de intereses que se estorban entre sí, sino que el desarrollo de los hechos nos demuestra los días más, y lo probará todavía de una manera más rotunda y categórica a medida que vaya llegando a su fin. De que aberración mental se hace responsables cuando declara por uno o por otro confía prodios ilimitados a una diplomacia secreta que dispone de su vida y de su porvenir? De que aberración mental se hace responsable el que declara que, ali en la innumerable multitud de los hombres que componen el precio de esta monstruosas combinaciones, se cree un hombre libre, perfectamente sabedor del por qué está allí. He tenido ocasión de hablar con centenares de ellos; la inmensa mayoría, todo y quedándose amargamente de la rudeza de la realidad, declara sin ambages su conformidad con el fin que persigue la guerra. La hoja impresa de a cinco céntimos ha llevado hasta la más recóndita aldea el soplo de la inspiración oficial, y la conjunción más tenebrosa y arriesgada que registra indudablemente la Historia, ha tomado, gracias a las nuevas formas de Gobierno, todos los caracteres de un movimiento popular, general y espontáneo. Cuando la sangría fué decretada por los Gobiernos responsables, cada cual invocó el caso de legítima defensa y acto continuo se puso a los pueblos en frente del hecho consumado. Nada de consulta y discusión previa; el consentimiento era descontado de antemano. La masa no tenía más remedio que marchar. ¿Crecéis que sabe realmente hacia donde la llevan? Que nos lo digan los partidarios y teorizantes de esa vergonzosa cruzada.

En medio del crimen del día y del escándalo a la moda, no faltaba nunca la consabida columna dedicada al fomento de las rivalidades nacionales. Al mismo tiempo que esa competencia comercial se trataba de cerrar los ojos de los hechos por medio de disposiciones que se trataba de otro puntal poner en juego la responsabilidad del país, los grandes financieros, capitanes de industria y caballeros del tanto por ciento, se dieron cuenta de que era preciso verter en el cerebro nacional, a más de las enseñanzas del problema económico, un espíritu de desconfianza, un poco de este misticismo patriótico que sienta tan bien a las caras multitudes.

¡Ah, con cuanto fervor los voceros del ideal nacional se lanzaron al nuevo apostolado! Nada fue regateado para que la empresa resultara efecto. Todo, entonces, se volvió espíritu nacional, interés nacional, aspiraciones nacionales, arte nacional, ciencia nacional, sport nacional, industria nacional, y cada una, en fin, de las diferentes formas de la actividad humana, tomó su correspondiente aire nacional, corregido y aumentado para las necesidades de la causa.

El problema humano entonces vastos vuelos; en lugar de ser tratado con la aridez propia de la Economía, los filósofos intervinieron en él de una manera muchas veces amena, los ingenios de la pluma dieron a todo ello la gracia y el brillo que tiene merecido, mientras que los grandes tribunos, con su omnipotente oratoria, hinchaban los ánimos de la multitud con palabras y en las solemnidades conmemorativas de Europa.

Con todo eso, la atmósfera se encontraba de continuo preñada de densos nubarrones que mantenían a las gentes en tensión constante. A cada paso surgían incipientes diplomáticos. La guerra de tarifas batía el record, por todas partes, ya en los transportes, ya en el comercio, ya en los tratados o en la materia bruta, ya en los aranceles, ya en las primas de exportación, consentidas por ciertos gobiernos para estimular la expansión comercial; el afán de crearse cada cual un imperio colonial a costa de los pueblos débiles, era materia constante de mostrarse los dientes con amigable pretexto de defensa de la propiedad civil de los presos de Cenicerio, Eduardo Barriobero.

Se precisa justificar la personalidad de este enemigo que combate y cuya derrota hay que buscar por todos los medios para el mayor bien de la humanidad doliente. Vista bajo este prisma, el único en uso en nuestros trágicos momentos por todos los países beligerantes, la guerra toma a los reinos de víctimas y verdugos proporciones desmesuradas de cruzada bienhechora y saludable. Otro día volveremos sobre este tema particular y citaremos textos, lo mismo de parte de los alemanes que de los franceses, corroborando esta afirmación, pero nadie puede negar que las multitudes en lucha creen en una pretendida superioridad de ideal que se apoyan mutuamente y que se alza en su base. Sin embargo, cuán lejos todo ello se encuentra de la realidad! De cuánto sofismo el pobre cerebro humano es acreedor! ¿Quién puede negar que esta guerra es esencialmente económica y que todo el farrago de ideologías con que unos y otros se han querido decorar o han querido decorar sus huestes no consigue hacer olvidar su verdadero origen? No solamente los antecedentes y las causas que precipitaron la guerra prueban superabundantemente que es un conflicto de intereses materiales opuestos y de intereses que se estorban entre sí, sino que el desarrollo de los hechos nos demuestra los días más, y lo probará todavía de una manera más rotunda y categórica a medida que vaya llegando a su fin. De que aberración mental se hace responsables cuando declara por uno o por otro confía prodios ilimitados a una diplomacia secreta que dispone de su vida y de su porvenir? De que aberración mental se hace responsable el que declara que, ali en la innumerable multitud de los hombres que componen el precio de esta monstruosas combinaciones, se cree un hombre libre, perfectamente sabedor del por qué está allí. He tenido ocasión de hablar con centenares de ellos; la inmensa mayoría, todo y quedándose amargamente de la rudeza de la realidad, declara sin ambages su conformidad con el fin que persigue la guerra. La hoja impresa de a cinco céntimos ha llevado hasta la más recóndita aldea el soplo de la inspiración oficial, y la conjunción más tenebrosa y arriesgada que registra indudablemente la Historia, ha tomado, gracias a las nuevas formas de Gobierno, todos los caracteres de un movimiento popular, general y espontáneo. Cuando la sangría fué decretada por los Gobiernos responsables, cada cual invocó el caso de legítima defensa y acto continuo se puso a los pueblos en frente del hecho consumado. Nada de consulta y discusión previa; el consentimiento era descontado de antemano. La masa no tenía más remedio que marchar. ¿Crecéis que sabe realmente hacia donde la llevan? Que nos lo digan los partidarios y teorizantes de esa vergonzosa cruzada.

En medio del crimen del día y del escándalo a la moda, no faltaba nunca la consabida columna dedicada al fomento de las rivalidades nacionales. Al mismo tiempo que esa competencia comercial se trataba de cerrar los ojos de los hechos por medio de disposiciones que se trataba de otro puntal poner en juego la responsabilidad del país, los grandes financieros, capitanes de industria y caballeros del tanto por ciento, se dieron cuenta de que era preciso verter en el cerebro nacional, a más de las enseñanzas del problema económico, un espíritu de desconfianza, un poco de este misticismo patriótico que sienta tan bien a las caras multitudes.

¡Ah, con cuanto fervor los voceros del ideal nacional se lanzaron al nuevo apostolado! Nada fue regateado para que la empresa resultara efecto. Todo, entonces, se volvió espíritu nacional, interés nacional, aspiraciones nacionales, arte nacional, ciencia nacional, sport nacional, industria nacional, y cada una, en fin, de las diferentes formas de la actividad humana, tomó su correspondiente aire nacional, corregido y aumentado para las necesidades de la causa.

El problema humano entonces vastos vuelos; en lugar de ser tratado con la aridez propia de la Economía, los filósofos intervinieron en él de una manera muchas veces amena, los ingenios de la pluma dieron a todo ello la gracia y el brillo que tiene merecido, mientras que los grandes tribunos, con su omnipotente oratoria, hinchaban los ánimos de la multitud con palabras y en las solemnidades conmemorativas de Europa.

Con todo eso, la atmósfera se encontraba de continuo preñada de densos nubarrones que mantenían a las gentes en tensión constante. A cada paso surgían incipientes diplomáticos. La guerra de tarifas batía el record, por todas partes, ya en los transportes, ya en el comercio, ya en los tratados o en la materia bruta, ya en los aranceles, ya en las primas de exportación, consentidas por ciertos gobiernos para estimular la expansión comercial; el afán de crearse cada cual un imperio colonial a costa de los pueblos débiles, era materia constante de mostrarse los dientes con amigable pretexto de defensa de la propiedad civil de los presos de Cenicerio, Eduardo Barriobero.

Se precisa justificar la personalidad de este enemigo que combate y cuya derrota hay que buscar por todos los medios para el mayor bien de la humanidad doliente. Vista bajo este prisma, el único en uso en nuestros trágicos momentos por todos los países beligerantes, la guerra toma a los reinos de víctimas y verdugos proporciones desmesuradas de cruzada bienhechora y saludable. Otro día volveremos sobre este tema particular y citaremos textos, lo mismo de parte de los alemanes que de los franceses, corroborando esta afirmación, pero nadie puede negar que las multitudes en lucha creen en una pretendida superioridad de ideal que se apoyan mutuamente y que se alza en su base. Sin embargo, cuán lejos todo ello se encuentra de la realidad! De cuánto sofismo el pobre cerebro humano es acreedor! ¿Quién puede negar que esta guerra es esencialmente económica y que todo el farrago de ideologías con que unos y otros se han querido decorar o han querido decorar sus huestes no consigue hacer olvidar su verdadero origen? No solamente los antecedentes y las causas que precipitaron la guerra prueban superabundantemente que es un conflicto de intereses materiales opuestos y de intereses que se estorban entre sí, sino que el desarrollo de los hechos nos demuestra los días más, y lo probará todavía de una manera más rotunda y categórica a medida que vaya llegando a su fin. De que aberración mental se hace responsables cuando declara por uno o por otro confía prodios ilimitados a una diplomacia secreta que dispone de su vida y de su porvenir? De que aberración mental se hace responsable el que declara que, ali en la innumerable multitud de los hombres que componen el precio de esta monstruosas combinaciones, se cree un hombre libre, perfectamente sabedor del por qué está allí. He tenido ocasión de hablar con centenares de ellos; la inmensa mayoría, todo y quedándose amargamente de la rudeza de la realidad, declara sin ambages su conformidad con el fin que persigue la guerra. La hoja impresa de a cinco céntimos ha llevado hasta la más recóndita aldea el soplo de la inspiración oficial, y la conjunción más tenebrosa y arriesgada que registra indudablemente la Historia, ha tomado, gracias a las nuevas formas de Gobierno, todos los caracteres de un movimiento popular, general y espontáneo. Cuando la sangría fué decretada por los Gobiernos responsables, cada cual invocó el caso de legítima defensa y acto continuo se puso a los pueblos en frente del hecho consumado. Nada de consulta y discusión previa; el consentimiento era descontado de antemano. La masa no tenía más remedio que marchar. ¿Crecéis que sabe realmente hacia donde la llevan? Que nos lo digan los partidarios y teorizantes de esa vergonzosa cruzada.

En medio del crimen del día y del escándalo a la moda, no faltaba nunca la consabida columna dedicada al fomento de las rivalidades nacionales. Al mismo tiempo que esa competencia comercial se trataba de cerrar los ojos de los hechos por medio de disposiciones que se trataba de otro puntal poner en juego la responsabilidad del país, los grandes financieros, capitanes de industria y caballeros del tanto por ciento, se dieron cuenta de que era preciso verter en el cerebro nacional, a más de las enseñanzas del problema económico, un espíritu de desconfianza, un poco de este misticismo patriótico que sienta tan bien a las caras multitudes.

¡Ah, con cuanto fervor los voceros del ideal nacional se lanzaron al nuevo apostolado! Nada fue regateado para que la empresa resultara efecto. Todo, entonces, se volvió espíritu nacional, interés nacional, aspiraciones nacionales, arte nacional, ciencia nacional, sport nacional, industria nacional, y cada una, en fin, de las diferentes formas de la actividad humana, tomó su correspondiente aire nacional, corregido y aumentado para las necesidades de la causa.

El problema humano entonces vastos vuelos; en lugar de ser tratado con la aridez propia de la Economía, los filósofos intervinieron en él de una manera muchas veces amena, los ingenios de la pluma dieron a todo ello la gracia y el brillo que tiene merecido, mientras que los grandes tribunos, con su omnipotente oratoria, hinchaban los ánimos de la multitud con palabras y en las solemnidades conmemorativas de Europa.

Con todo eso, la atmósfera se encontraba de continuo preñada de densos nubarrones que mantenían a las gentes en tensión constante. A cada paso surgían incipientes diplomáticos. La guerra de tarifas batía el record, por todas partes, ya en los transportes, ya en el comercio, ya en los tratados o en la materia bruta, ya en los aranceles, ya en las primas de exportación, consentidas por ciertos gobiernos para estimular la expansión comercial; el afán de crearse cada cual un imperio colonial a costa de los pueblos débiles, era materia constante de mostrarse los dientes con amigable pretexto de defensa de la propiedad civil de los presos de Cenicerio, Eduardo Barriobero.

Se precisa justificar la personalidad de este enemigo que combate y cuya derrota hay que buscar por todos los medios para el mayor bien de la humanidad doliente. Vista bajo este prisma, el único en uso en nuestros trágicos momentos por todos los países beligerantes, la guerra toma a los reinos de víctimas y verdugos proporciones desmesuradas de cruzada bienhechora y saludable. Otro día volveremos sobre este tema particular y citaremos textos, lo mismo de parte de los alemanes que de los franceses, corroborando esta afirmación, pero nadie puede negar que las multitudes en lucha creen en una pretendida superioridad de ideal que se apoyan mutuamente y que se alza en su base. Sin embargo, cuán lejos todo ello se encuentra de la realidad! De cuánto sofismo el pobre cerebro humano es acreedor! ¿Quién puede negar que esta guerra es esencialmente económica y que todo el farrago de ideologías con que unos y otros se han querido decorar o han querido decorar sus huestes no consigue hacer olvidar su verdadero origen? No solamente los antecedentes y las causas que precipitaron la guerra prueban superabundantemente que es un conflicto de intereses materiales opuestos y de intereses que se estorban entre sí, sino que el desarrollo de los hechos nos demuestra los días más, y lo probará todavía de una manera más rotunda y categórica a medida que vaya llegando a su fin. De que aberración mental se hace responsables cuando declara por uno o por otro confía prodios ilimitados a una diplomacia secreta que dispone de su vida y de su porvenir? De que aberración mental se hace responsable el que declara que, ali en la innumerable multitud de los hombres que componen el precio de esta monstruosas combinaciones, se cree un hombre libre, perfectamente sabedor del por qué está allí. He tenido ocasión de hablar con centenares de ellos; la inmensa mayoría, todo y quedándose amargamente de la rudeza de la realidad, declara sin ambages su conformidad con el fin que persigue la guerra. La hoja impresa de a cinco céntimos ha llevado hasta la más recóndita aldea el soplo de la inspiración oficial, y la conjunción más tenebrosa y arriesgada que registra indudablemente la Historia, ha tomado, gracias a las nuevas formas de Gobierno, todos los caracteres de un movimiento popular, general y espontáneo. Cuando la sangría fué decretada por los Gobiernos responsables, cada cual invocó el caso de legítima defensa y acto continuo se puso a los pueblos en frente del hecho consumado. Nada de consulta y discusión previa; el consentimiento era descontado de antemano. La masa no tenía más remedio que marchar. ¿Crecéis que sabe realmente hacia donde la llevan? Que nos lo digan los partidarios y teorizantes de esa vergonzosa cruzada.

En medio del crimen del día y del escándalo a la moda, no faltaba nunca la consabida columna dedicada al fomento de las rivalidades nacionales. Al mismo tiempo que esa competencia comercial se trataba de cerrar los ojos de los hechos por medio de disposiciones que se trataba de otro puntal poner en juego la responsabilidad del país, los grandes financieros, capitanes de industria y caballeros del tanto por ciento, se dieron cuenta de que era preciso verter en el cerebro nacional, a más de las enseñanzas del problema económico, un espíritu de desconfianza, un poco de este misticismo patriótico que sienta tan bien a las caras multitudes.

En medio del crimen del día y del escándalo a la moda, no faltaba nunca la consabida columna dedicada al fomento de las rivalidades nacionales. Al mismo tiempo que esa competencia comercial se trataba de cerrar los ojos de los hechos por medio de disposiciones que se trataba de otro puntal poner en juego la responsabilidad del país, los grandes financieros, capitanes de industria y caballeros del tanto por ciento, se dieron cuenta de que era preciso verter en el cerebro nacional, a más de las enseñanzas del problema económico, un espíritu de desconfianza, un poco de este misticismo patriótico que sienta tan bien a las caras multitudes